

FRANCISCO TOMAT-GUIDO

LOS MILAGROS
INVASORES



GALERIA NEXO
BUENOS AIRES

LOS MILAGROS INVASORES

Con un cordial
saludo al
poeta
Juan Meneguín,
seguro de
su poesía

Comat - mil



FRANCISCO TOMAT-GUIDO

LOS MILAGROS
INVASORES

GALERIA NEXO
BUENOS AIRES

EDITADO CON EL APOYO ECONÓMICO DEL
FONDO NACIONAL DE LAS ARTES

VERDOR EN LAS REDES

PULSO DE ETERNIDAD

1

Qué rota miel se trilla y nos pregunta
por el deshielo azul de las neblinas,
por la vida sin odio, por el pequeño

trébol, los milagros? En trabajar
los párpados se angustian con el tono
muriente de las islas, y es apenas

fecundación, frescura, tibia lengua
del vértigo que pasa, de la herida
ayunante ciudad que crece en sueños.

2

CUANDO el reflejo quema sus silbidos
en las redes del aire y algún pájaro
se acuna en las sauzales, cuando todo

un enjambre de líquenes rescata
los oídos del tiempo, lentas fiebres
se crispan por el limo, nos saludan

desde alguna marea con el cobre
resaca de los miedos. Es entonces
que el corazón redime sus latidos.

3

TANTO cielo aquí quemando luces
de secreta ternura, y el paisaje
arterial de los verdes, el agrario

corazón de la tierra, nos serenan
en búsqueda de luz. Por el oficio
del espinel se hermanan las palabras,

las manos se hacen fe, la voz milagro,
y olivo vibrador cada alborada
de sol, de alma, soledad y polvo.

HABLÁNDOME las cosas desfallecen
en confesiones, ecos, laberintos
de amor, adormideras de pálida

memoria, frutales arrebatos.
La sangre se me enciende en universos
de vibrantes clarines. Yo he sentido

el fervor de la tierra, los terrores
nocturnos del agua, y el retorno me trae
la saliva ancestral de las lágrimas.



EL HUÉSPED

1

CLAMA el costado, el aire se hace piedra;
un postigo telúrico levanta
el ramo transparente de leyendas

mientras su corazón de hirviente isla
es fuego, sangre, eternidad y germen:
instinto tutelar que le domina.

Desanda su niñez otra arboleda:
una polca de luz en agua duerme
bajo el adiós incierto que platea

manantiales de abrupta hechicería,
cielos que duelen, labios que reclaman
su soledad intacta y prometida.

2

DIGO niñez y un chasque de infinitas
murallas vegetales la sostienen
con calientes anillos. Se le afinan

cacerías nocturnas de mareas
y en sus manos de ardientes sobresaltos
pestañas de yuyales reverberan.

Mira en ellas la voz. El mediodía
caliente en el espejo su relámpago,
su paciencia de puerto y de partida.

3

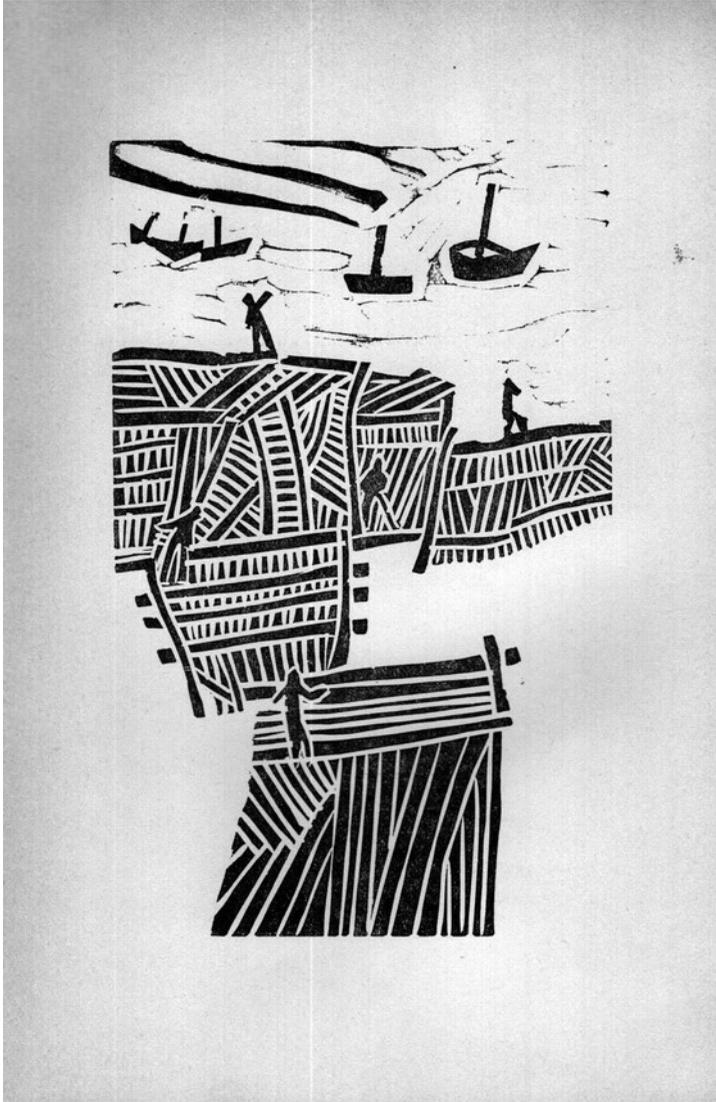
Y LUEGO mil arribos entre notas quemantes, cenicientas. Y la entrega metálica del ancla, y la invencible

prolongación agreste de la espera:
el puñal de los trinos, la codicia
de mágicos fermentos, las arenas

en ramos por las sienes infinitas,
la paloma, el lagarto y la lepra,
yacen en ti, gritan en ti, transidos

de agonía celeste, y cuánto pesa
la entrega si algún niño llora lejos
de playa a playa por la noche suelta.

A
Jorge de Lima



CANTO A UNA ISLERA DEL LITORAL

DE las frágiles arenas, de esos ojos
que manchan el color bailando siempre,
viene para hablarme delantiguo
corazón abandonado, de la sed que tañe
entre crueles, chasqueantes músicas.

Repetidos y solos los días isleros,
las atormentadas locuras, el polvo
extraño que constelan últimas mariposas.
Silba el verano cuando el agua desnuda
sus vapores; acaso sobre un mundo madure
un hijo extraño y solo entre flores brillantes.

Tú sabes que surgen cosas, que los yuyos
rompen calientes semillas, que las uñas
vegetales de los sauces te preguntan
por la invisible memoria de su soledad,
mientras el cielo extiende sus cacerías
y delirantes piraguas van
desflorando el tiempo irremediable.

¿Cómo encontrar lo que duerme en el abismo
de aluviones melancólicos? Esta voz
quebradísima cede al relámpago ancestral:
caen memorias, arden guitarras, son llamas
tutelares las estrellas, seres vivos,
jadeantes, las lejanas colinas; pero todo
saluda tu soledad para hallarte este domingo
de cielo y tierra reclinada en tu sombra.

Sé que ni te escuchan las plegarias de tu

propia miseria. Aún así, te llamo desde una dulce estación, con un cencerro de luciérnagas, y sé que no alcanzan las manos, ni las voces, ni el grito del crispín que ya recuerda el primer día de ceniza. Has de crecer en las siestas profundas de calandrias como un patio pequeño de frases pobres, y algún atardecer tendremos tu muerte como una oscura música en las calles del pueblo rumbo al silencio.

LAS ORILLAS

PREGUNTABA desde un oscuro cansancio
qué carabela de espectros, qué encendida
magnitud de corolas, de insomnes fuegos,

vigilaban su fiebre. Amor sobre el viento,
anillo en los ojos, paz en los cedrones,
innominada vigilia su soledad.

Las piedras bebían desnudos verdores
y en el fondo del atardecer alguna
lágrima curtía la tierra. Picaban

las golondrinas el ángelus como nubes
vegetales del río. No era posible
sufrir el silencio: asombrosos saludos

inclinaban nuestra alma a la tierra en gloria.

Y la voz estaba en la carne del grito,
en las leprosas rocas, en las mareas
rebeldes del sol. Estaba madurando

dentro de su propio miedo como un liviano
ser lamido por espumas. Los agrietados
prodigios, las cruces sin historia, todo

caía a su centro: sangre de indios, latitud
de libertad, germinaciones de vientres
en cuya luz hervía el barro sin nombre

de tantos milagros ciertos, saludando.

Nada pedía hasta oír que en cada huella
moraba la aventura, que los abiertos
milagros convocaban una estación

pesada y secreta. Y las campanas
eran collar de agua, cálida corteza
del mundo entre las cosas. Surcos

de amistad me acercaban a los hombres:
el pan triste, las palabras resacas, largos
viajes de fiebre, y acaso el filtro

de visiones no encontradas en la tierra.

Aprendía desde un crujido misterioso
las extrañas leyendas del miedo. (¡Poseer
la eternidad es como una aguja ardiendo

en las entrañas!) Pero el secreto, lo digo,
caminaba en interminables remansos
de flores, líquenes, piedras, luz, colinas.

Un rastrojo de frías sombras tomaron
mi vida sin muerte, mi espesa vertiente
de agonías. Crecí tanto como la sed,

con un rumor de orillas, despeñándome.



EL CAZADOR

CON un temblor de lúcidos gemidos
oigo desnudar el semen general
de las islas. Espeso, enloqueciendo,
rompe el azul sus primeras estrellas;
látigo de flores, cuchilladas
de párpados y un penetrante son

de terrestres desbordes descubren
la vida fulgurando en la faústica
sílabas del tiempo. La fiebre intensa
de las cosas vigila mi pasión, va

vibrando en la laxa caricia de los ojos,
en el filtro de la escarcha, en las largas

dulzuras fantasmales que sacuden
mi fabuloso imperio que descifra
el olor más pesado cuando llega el invierno.
Estoy encerrado entre viejos rastros;
no importan los ligeros terrores,
la frágil pobreza y su desdicha,

el pecho gemidor de las luciérnagas.
Un cristal misterioso electrifica
las bestias y los ángeles. Llegan a mí
por un brazo de viento dejándome un
encendido rumor, un muelle en celo.
Es mágica la hora: el odio ha muerto

cerca de una gacela. Desfallece
el aguaribay en la intimidad de sus
raíces, los insectos se buscan
para fecundar; una boca ciega
me reclama desde la lejanía toda
lúbrica entrega. . . Soy el cazador
solemne de las voces; el litoral
me saluda con humanos días.

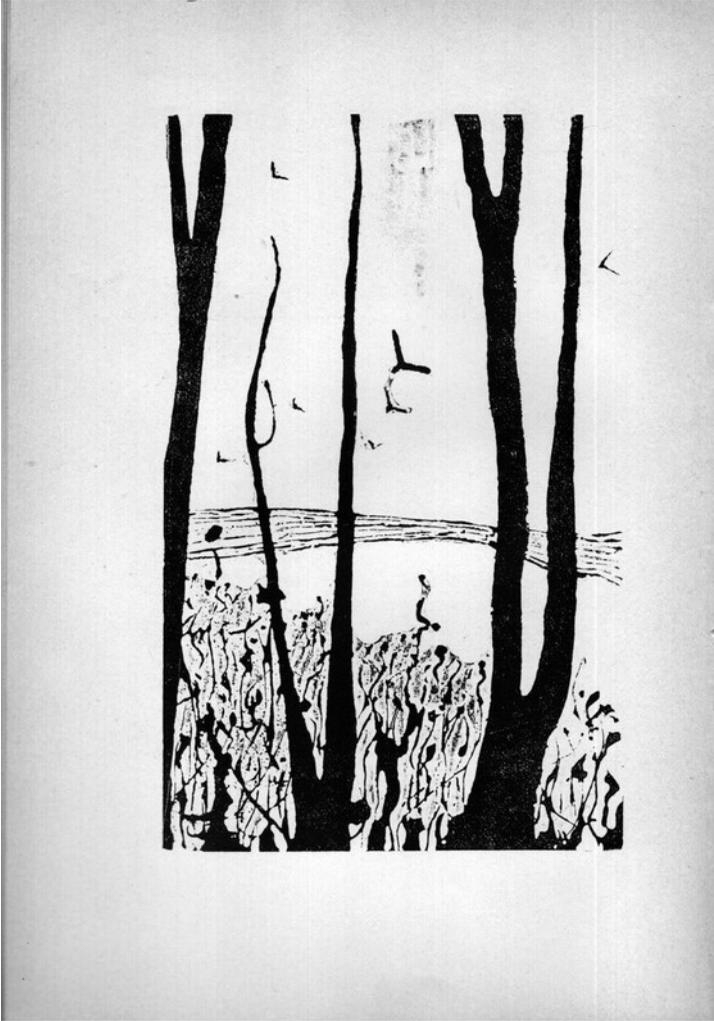
Hundiéndome en su tierra le rescato
el corazón y lo entrego a la gloria
del canto, a los pétalos fluviales
de sus barcas, a la dulzura digital

de sus mariposas, a la paz de sus adobes,
al hambre de sus redes, a la huella de
sus pájaros, al hombre y la mujer de sus costas.
Así estamos triturados de follajes
terrestres: la madera, la roca, el desfallecer
de sus frutos nos signan. Entre sus sueños

marejadas de crepúsculos laten
con un señuelo mórbido de luz.
Acaso se detenga el tiempo para morir.
Agredido por tanta geografía voy apretando
sus dulzuras, y comido por su amor
en mis dedos camina un polvo claro;

una provincia más entre guitarras.

DE OLVIDO A OLVIDO



EXILIADO, las fogatas despiertan primitivos caminos,
calles donde anduve golpeando las sombras,
lechos acostumbrados a roer la crucifixión,
la huera máscara bajo los harapos
que empujan las ratas en la noche.

Junto al arriero, mi pie es una sombra de seda,
una yema desconocida sobre el grito,
un largo sueño que desova cada día
la juventud funeral, el diente del castor implacable
ahorcando la memoria.

El vuelo me sepulta, los muros me sepultan,
el olor de unas manos mueve la cetrería del aire,
y mi antigua sombra, con la crueldad suelta
grita sobrenatural.

Estoy como un apóstata abrazado al patíbulo.
La diosa ha cerrado los ojos, y el templo
con sus helechos fríos y sus ojivas desamparadas
solloza bajo la lluvia.

Si toco un amor, se vuelve pájaro y vuela;
unas manos, pulpa de mar insensible;
unos ojos, verde raíz de la resaca.

Debajo de mi piel un pueblo muere
con sus dulces raíces memoriosas.

Humo de atardecer irresistible.

Estoy maldito de luz, violento de perfumes
que se comen las marismas, las extrañas
lamentaciones de la tempestad,
mientras Diamante se dobla rumoroso
en el féretro de los pasos sin respuesta.

CONVOCACIÓN DE LAS SOMBRAS

YO anduve con un talismán entre tus harapos multicolores
gozando sepulcros donde duermen huracanes de savia,
momias arcillosas, descastadas vírgenes,
hipogeos inclinados a las arenas que broncea el río.
No era el trópico la tardía señal de los amuletos,
ni esos salmos crueles donde caen las ramas de un
címbalo
desangrando la belleza. Heredero victorioso, la dulce
antigüedad
disolvía la piedra con vesánica imploración susurrante.

Comprendí los sonidos del arpa y el maleficio de tus tambores,
el milagro reverdeciendo con poéticas transparencias
donde la noche es un bello cacique lloviznado de eternidad.
Hueso de miel para esas arañas que tejían vagabundos rostros,
toqué los trágicos alaridos jadeantes,
hurgué tus vasijas llenas aún de su líquido de guerra
de una sed donde el Paraná invoca tus cazadores
alucinados de sombras
mirando el hechizo de la arcilla devastarse en sus cantos.

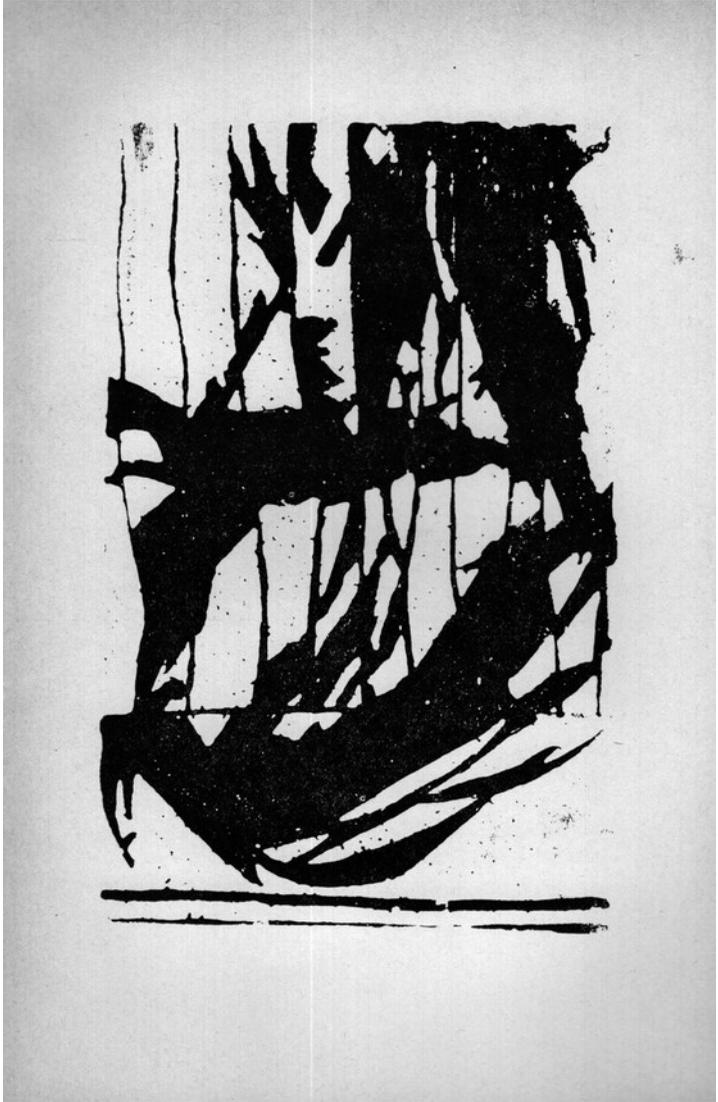
A veces el viento besaba la ruina de los templos,
asediando castamente el amor de las iguanas,
pero ya los hechiceros no quemaban litúrgicos versículos
herbosos
y el dios olvidado contra los siglos
sangraba de imploración. Era una oculta grandeza
talada en su sed de gloriosas resonancias.

La melopea de un ronco cuerno descamó la oración.
En mi alma, las bestias preñaron ritos tenebrosos.
Anduve acechando; llamé puertas con mi voz
 fabulosa y martirizada,
 pero sólo el silencio contestó
mostrando sus entrañas antiguas como el día .

Yo recuerdo los valiosos capullos que vagan por el limo
Las voces están, tejen la tierra, viven en el recodo
del último sueño junto a la cruz derribada,
y a veces, las fibras de unas nubes musicales
las convoca más allá de sus ligeras llamas.

Nacen y mueren.

Un pájaro de sal cuida sus himnos.



LETANÍA ESPECTRAL

EN la selva de Montiel las brujas cantan extraños
martirios,
se desplazan por el silencio con cántaros de muerte,
lacios sus pechos, embrujo sus sombras
bajo el pesado pie danzarán
seco y melancólico.

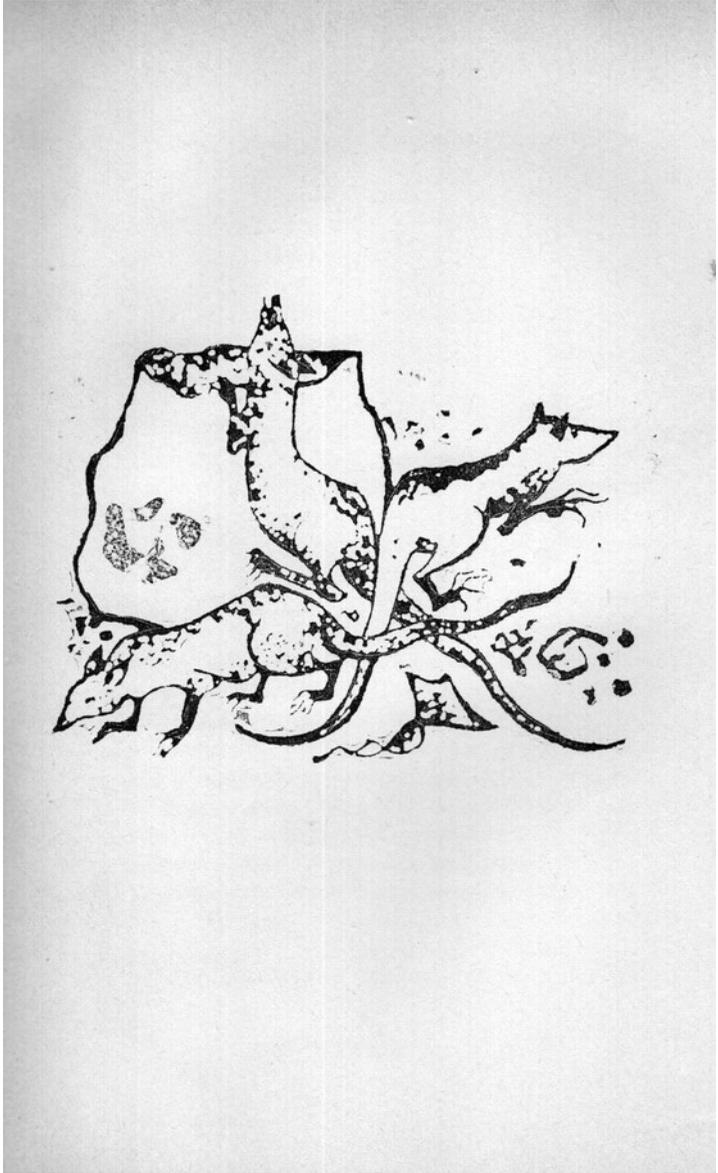
Un viento parecido a la eternidad tiembla en las ramas,
fabulosos corazones devoran un licor amargo,
y la tierra sin culpa invoca sus guerreros delirantes
sus gorgonas ávidas de élitros desamparados.
Eran allí cadenas de miedo sobre el polvo casi vegetal,
cantaban un antiguo son lloviznado de lepra,
unas luces de triste eternidad
perdidas para el hombro en el musgoso olvido.

*Flor callada de huesos,
culebra del alcohol,
profética violencia:
cimbra. . .*

Águilas de la sangre, un vino de locura
habitaba los ojos de rojizos relámpagos,
y en sus secas memorias, con lúgubres maleficios
llamaban un amor torturado de soledad.
De este modo la noche fue cubriendo la brújula del
tiempo,

y cuando nacían las primeras luces
partieron llorando la oración conjural:

*Flor callada de huesos,
culebra del alcohol,
profética violencia:
cimbra. . .*



DESTIERRO DE LA LUZ

LOS he visto llegar. Me han tocado con la roja culebra
de los párpados. Golpeando el invierno, sus vestiduras
gemían como flautas extranjeras.
Extrañas murallas para este vuelo que se arroja a la
ciudad saludando la muerte.
Los he visto caer en cada abeja, lastimados de amor,
llevando los labios repletos de perfumes,
mientras los barcos, las penas y los adioses,
podrían sus frentes y encadenaban sus lenguas.

Nunca nadie borró sus pasos sobre el último peldaño.
Los he sentido caer. Melladas de curvas sus espaldas,
olvidados y olvidando que la piedra es la luz del árbol,
debajo de sus lágrimas cantaban,
y un pasamanos de flores
degollaba los sueños de la recién casada.
El viaje era largo y las fervientes malezas
oscurecían el alma en frenéticos y tristes olvidos.

Nunca nadie tomo sus manos para segar la miseria.
Los he visto caer madurando un ligero destello,
complotados en sus máscaras,
escupiendo la última oración de la heredad,
hablando del trigo, de las carnes,
de la pequeña luz ayer perdida,
hombres, fantasmas, mundo:
sandalias de mármol para el cielo.
Y la noche los recogía en su cubil de zorra,
y los naipes gastados de la juventud

erizaban las calles semidesiertas y tediosas.

Nadie lloró con ellos la esperanza perdida.

Nunca nadie borró sus pasos sobre el último peldaño.

Nunca nadie tomó sus manos para segar la miseria.

Nadie lloró con ellos la esperanza perdida.

Duermen vacíos.

Levántate tú, eternidad. Cobíjalos.

DANZA DE OTOÑO

POR Diamante el otoño ha bajado.
el cementerio carcome la cintura de las ánimas,
la respiración fantasmal de secretas herrumbres.

Fue entonces cuando supe que las ventanas
persiguen a la luz.

Pecador tantálico, grité la dichosa orquestación del fuego,
el caliente verano con sus plantas de locura,
casi estirpe hundida en la ráfaga del mundo
ciertamente lúbrica como una bestia de oro.

Contraje la obsesión de violar los cinco mandamientos;
me saludaban, tenebrosos y alucinados,
los dioses cubiertos de banderas,
fiebres de varonía agudizaban mi fanatismo,
y una escalera fluía bajo las rocas
hasta mancharme las uñas.

Estrecho y salvaje, no entregué mi guitarra al mercader,
crecí rasgando el milagro y los nacimientos,
mujeres de lluvia herían mis vértebras,
pero mi sangre cantaba, crecía ahogándose en el canto,
en su cuna de piel constelada y misteriosa.

Los grandes poemas murieron con los mártires.

Llamé a los desangrados,
a los que furiosos masticaban su ascua de alcohol,
al eremita loco y al espúreo suicida bajo las estrellas
para mostrarles el yesquero de mi humanidad vibrátil,
este pie sin trama filosófica que sube en los desiertos.

Me he burlado y los he burlado.

Oh, sí, cerrando el círculo he dicho:

*Hay que apurarse.
El viento sube,
y seca, la imploración
cae afilada.*

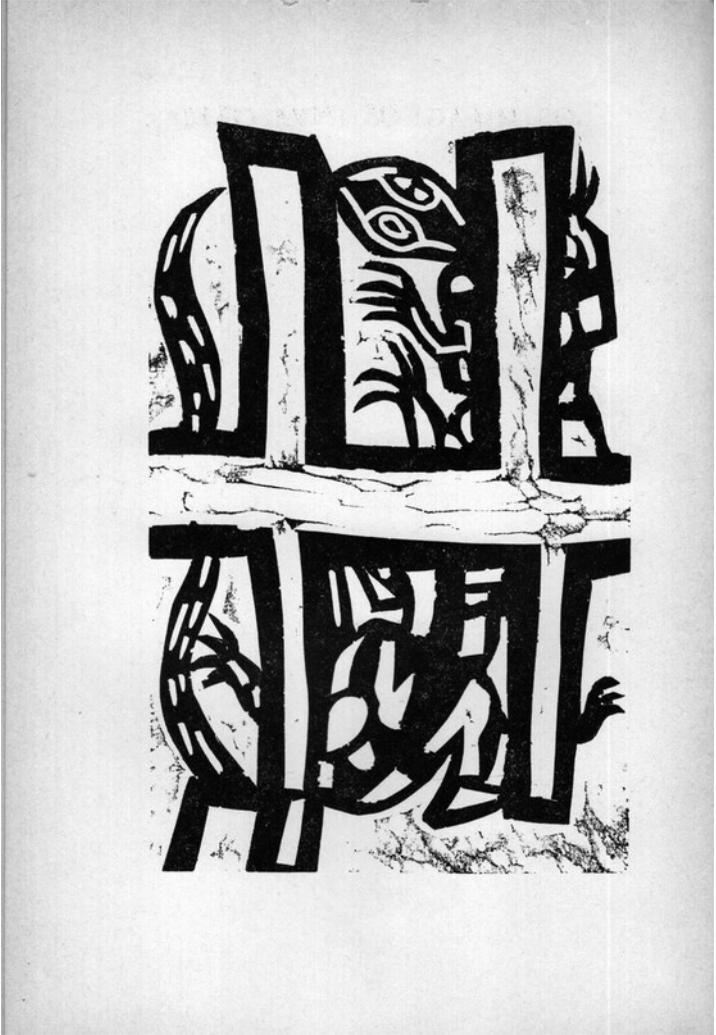
Eso.

Y sé que no tendré más que una brujería para
sobrevivir,
un mar revuelto de alcobas humanas
maduras de redención y de exigencias.
Es decir, mi grandeza y mi pobreza respirando
eternidad.

*Hay que apurarse.
Hay que apurarse.
Hay que apurarse.*

"Maldito enamorado".

LOS MILAGROS INVASORES



OLIVO TERRENAL

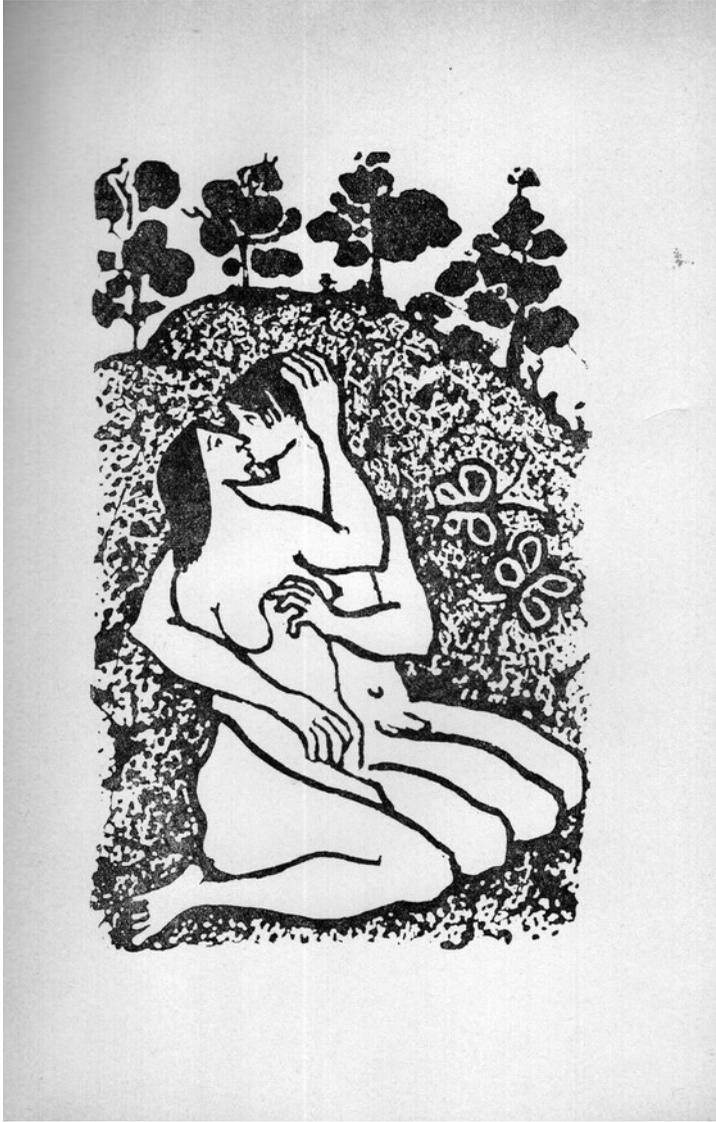
ESTA secreta chispa,
el centro de sus calientes harapos,
el temblor, la nostalgia,
el polvo que el aire
desnuda, la sal, la fiebre,
las heridas plantas
que secan su perfume,
el desierto de las lenguas
y la furia del orgullo,
entrelazan a mi grito
su salvaje tierra
alucinante.

Una oscura jaula
encierra lo que pierden
en su adiós mis ojos.
Pero nadie ha partido
de mi corazón:
las preguntas
y las respuestas
duermen,

y todas las criaturas
oficiantes de la sed
cantan en los jugos

más extraños
del sueño.

Allí estoy, amor mío,
con un fúnebre tatuaje
de soledad,
esperándote.



LOS AMANTES

PASARÁN entonces los profundos horóscopos del cántico,
aquellas puertas perdidas en ardientes engaños,
 las espesas vegetaciones,
 la cuerda del agua y los filtros del ocio,
también la profunda memoria
 con turbadora médula.

Mi corazón no será allí una falsa corriente consagrada
 a los pensativos acaeceres de la inocencia.
Un juego mineral, algo ardiente inventado por la estrecha
abertura de mis huesos, algo espléndido, germinante,
 algo descubierto en el légamo
 tormentoso de mi sangre,
llegará entre las llamas de mi ferocidad para caer
 sobre la elegida piel de mis desvelos
como un homenaje encendido al amor sobre la tierra.

Dulcemente estará en mí su fuerza ciega socavando
 los resortes del deseo.
Estará salvajemente desnuda de pasión,
 agria en sus gritos,
 una y todas para romper lo que humea
 en las provincias de la fiebre,
 en la violación de los gemidos,
 en el aullante esplendor de la lujuria,
con furiosos relicarios de densidad humana.

Escuchando el sollozo del perfume sobre los animales
regreso con algo que mis ojos no pueden comprender.
Como flores que la lluvia desvanece se inclina mi corazón
al sueño. Un día más ¡oh, Dios, me digo!,
y entre apagados espejos una ardiente juventud
vuela en el sigilo con turbadora médula.

LOS PASOS DEL AMOR

CAMINARÁS ahora con un viento de música en los ojos,
convocando tus amores, las lunas de fuego sobre el trigo,
el ramo de sed que cantaba su esplendor
en las llanuras del misterio.

Consumida por la fiebre que llena el espacio de frescos
colores,
buscarán los amaneceres devolverte el temblor de las
visiones
tendidas sobre tu corazón
con una guirnalda de trémula lejanía.

Ahora imagino que escuchas la sorda floración de la belleza,
el hechizo de los largos silencios,
el filtro de las pequeñas líneas fantasmales...
Y también imagino que guardas una casa donde el amor
modula fervientes idiomas que el deseo desgaja por tu piel
con alta y lejanísima persistencia.

Y esa clandestinidad, esa vacilación desgarradora
que la vida une y desune en tus ojos;
ese desvalijamiento festejador de primaveras,
te quema la sangre, te estalla en los labios
como una cantárida ceremonial.
te rapiña el extravío
con un viento irresistible,

y al fin, a lo largo de esas alucinantes maderas
fundas el bosque indicador de las secretas esperanzas.

No me engaño:
tu costumbre está aquí, en estas volvedoras corrientes
que merodean mi corazón
como un viejo hormiguero abandonado.



RESUMEN DEL BOSQUE

CON paso de araña sobre el vidrio la madera convoca en la casa las pasiones del misterio. Los deshechos amaneceres que la luz despertaba entre las hojas, el invernical reclinatorio de sus frutos, las momias ancestrales de su raíz, crecen en secreto fervor con la extraña piedad de una lavada paciencia.

Cuando el viento resplandece sobre la pasión de su piel ocultas criaturas dialogan con el misterio, luego cantan tiernamente, con algo de nostálgica agonía que la tormenta descompone en el grito de la lluvia.

Entonces La madera siente una fortaleza de verdor. Siente que las lenguas enfermas que la habitan, la carcajada del verano, el sembradío otoñal de los murciélagos, son apenas cerrazones de un desprolijo olvido que Fulgura en el misterio con estrecha leyenda fraternal.

Y así se está dulcemente rendida, alimentando el peso del amor con bellas emanaciones, secando las pestes, arrojando sobre el fuego de los ataúdes una cálida resina, un brillo lejano que los fantasmas extraen con orgullosa dicha.

Y aún parece arder, revivir los vapores de los pájaros, desnudarse en el fermento de las germinaciones, inconfesable, obstinada, suntuosa, cuando la soledad de los cuartos jadea ansiosamente en el nostálgico y absorto espejo del tiempo.

EL ACECHANTE

A Susana Teresa y Raúl Osvaldo

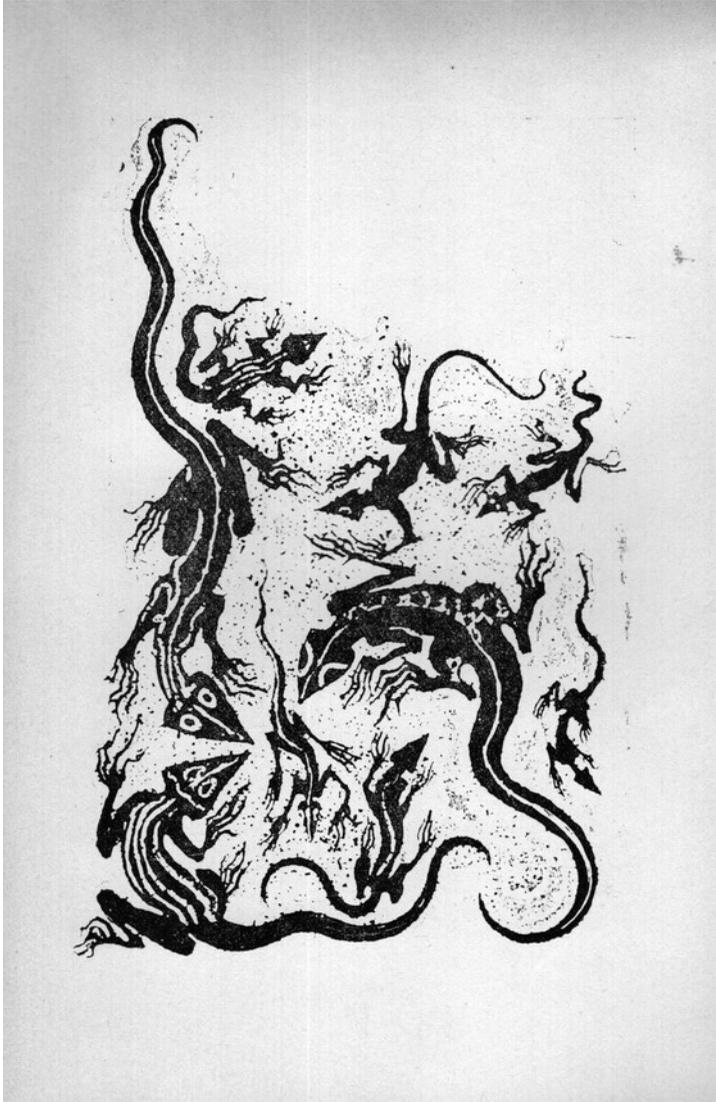
MENDIGO de una tierra misteriosa, de un pueblo donde
mis pasos
desbordaron sus calles con estremecida dulzura,
un águila de oro me devuelve al destello de su arena,
al leve humo de sus casas de adobe,
a sus vagabundos pájaros y largas siestas
con alucinante dimensión.

Es entonces la provincia, boscosa de aguas, quien despide
su relámpago de memorias, los hambrientos fuegos
de sus terrosas criaturas costeras,
el fervor de sus campesinos celebrantes como frutos,
todo ese territorio de amorosas fábulas
cuya vida no quiero perder
entre famélicas flores de asfalto que me empujan denodadamente.
Allí hubo una vez lo difundido y derramado por mis sueños.
Una misteriosa fidelidad, unas calientes cepas que enamoraron
mi carne con ligera belleza; allí, también, en la espuma
de los sortilegios: la sequedad de la muerte,
la fulguración de una historia hacia adentro,
el mordido polvo de mi arenal desnudo.

Con estos sedimentos,
con estas arañas tejedoras del ribazo,
mis huesos roían las duras transparencias con tímidos golpes,
y no era desflecarse
sino coronar símbolos de luciente amor,

morder migajas de esos durísimos estambres que el cedrón
desvanece en esa alzada
aveluz de la arena,
o mojar el filamento de una calle perdida en la colina
mientras el río que se desmayaba en la costa
por el desfiladero de los sauces
martirizaba al viento.

Todo eso dura en mi, en esta alianza que se come el llamado
invasor de sus luciérnagas. Arde y dura con su rabiosa astronomía,
con su copa de agua verde,
con su secreto perfume de muchacha litoral,
mientras la eterna tejedora del ilusorio mundo
se enferma en mis ojos con su tormenta
en cuyo fondo la llave duerme
con iniciales ciclos.



FLAUTA DE LA SANGRE

He aquí el fuego que sube con su condenado.

ARTHUR RIMBAUD.

SÓLO una lágrima, Señor, adelantándose
por estas tiendas invisibles que mis sueños
empujan con salvaje indolencia. Un día
dulce y tímido privado de las cuerdas
que humillan al hombre, sus agrios terrenos
de duda, sus palabras pobladas y antiguas
como la muerte. Cae una rama de olivo

sobre la sombra de tu cruz y estamos tristes:
criaturas que el arenal se traga.
No soy puro. No tengo paz. La fiebre
cuelga de mis ojos y reclama el incendio
de las piedras. Pero estoy solo. Solo.

Latido de sangre entre memorias.

LOS NIÑOS

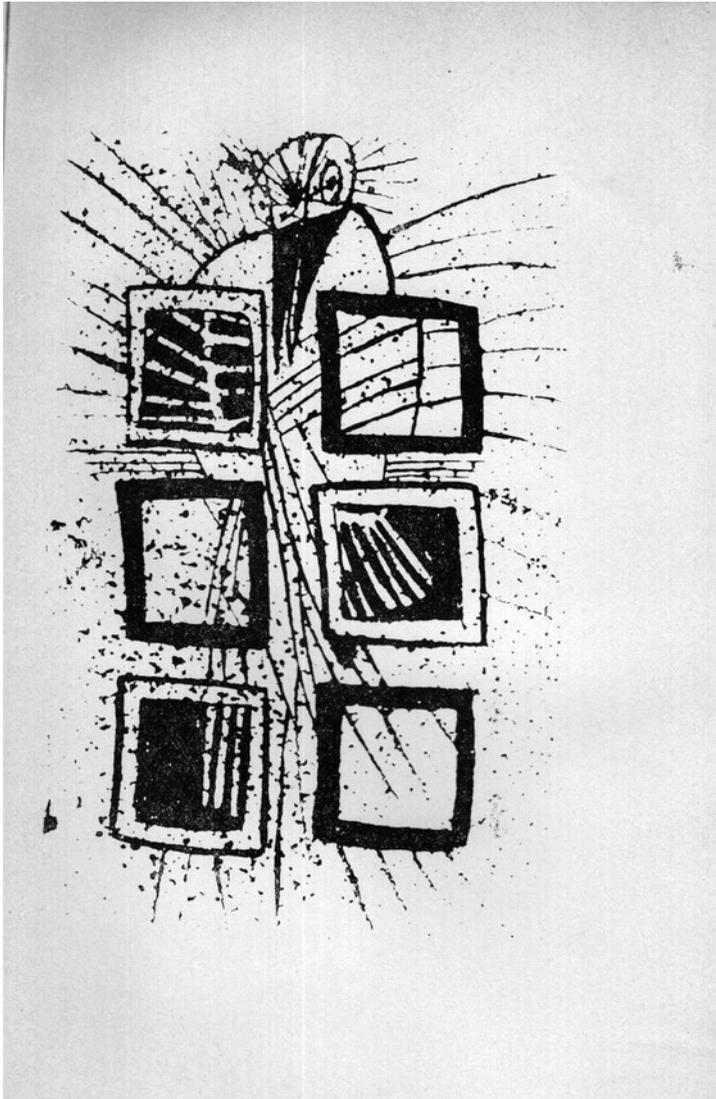
POR esa calle las ventanas miran la paciencia de la muerte.
Allí, los niños juegan con húmedas vasijas de llanto,
con pequeños monos de cuerda y pálidas cornisas llenas
de moho crepitante. Los niños juegan con extraños tatuajes,
niños sin palabras, mejillas que los profundos despojos señalaron
en el reseco tul del tiempo.

El perfil de una paloma grita sobre la lluvia del sol.
*Nadie reconoce a la extraña, a la devoradora raíz que camina
por esta calle con un toSCO ataúd de seda.* Los niños interrogan
al aire con un reborde de escamante ternura: los niños
estremecidos y ávidos,
oscuros,
tristes,
en la ciudad que furiosamente olvida la paciencia del amor.

Una abierta luz cae sobre las bocas. Las presencias levísimas
que arden en los andenes del balcón, la antigua y hacinada
costumbre del pájaro que cruje en los zaguanes, la leve herida
del reposo que el sueño convoca, iluminan esta calle
donde los corazones
andan raídos con sorda inocencia.

Igual que las hechizadas estampas que reposan en el fondo
de una gruta, estos niños arden locamente bajo el acecho
de una túnica llena de polvo. Están allí, en esa soledad,
en ese imperceptible rincón de un barrio de Buenos Aires,
con esa pesadilla, con esa médula que grita, que se quema
gritando, mientras por el aire pasa una paloma,
un resumen de bosque que desvela la calle
donde los niños juegan sin la saliva del remordimiento.

Para Aída Carballo



IDIOMA SIN OLVIDO

*He nascosto il cuore dentro le vecchie mura,
per restare solo a ricordarti.
S. QUASIMODO*

EN Entre Ríos mi padre descansa sobre la tierra que juntos hemos amado. Descansa como una hierba más, y el viento que mueve los árboles me devuelve del silencio sus misteriosos límites de sosiego y dulzura.

Dormido está. Los caminos escuchan el olor de sus pasos bajo la ropa de las estaciones como un vello de cielo.

Destinado a su memoria, sobrenado su voz ávidamente, mientras el polvo invade las sombras y sus deseos buscan en mis manos su cuota de amor. En Entre Ríos digo. Tímpano biennacido para su música.

EL ORÁCULO

*A Susana Simbonnet
y Alberto Di Candia.*

UN día el agua tiembla en el ojo del caballo y el luto
de las hierbas manchan el corazón de la noche.

Una lepra dulcemente dormida.
un insaciable y entreabierto desván
de nombrados ausentes

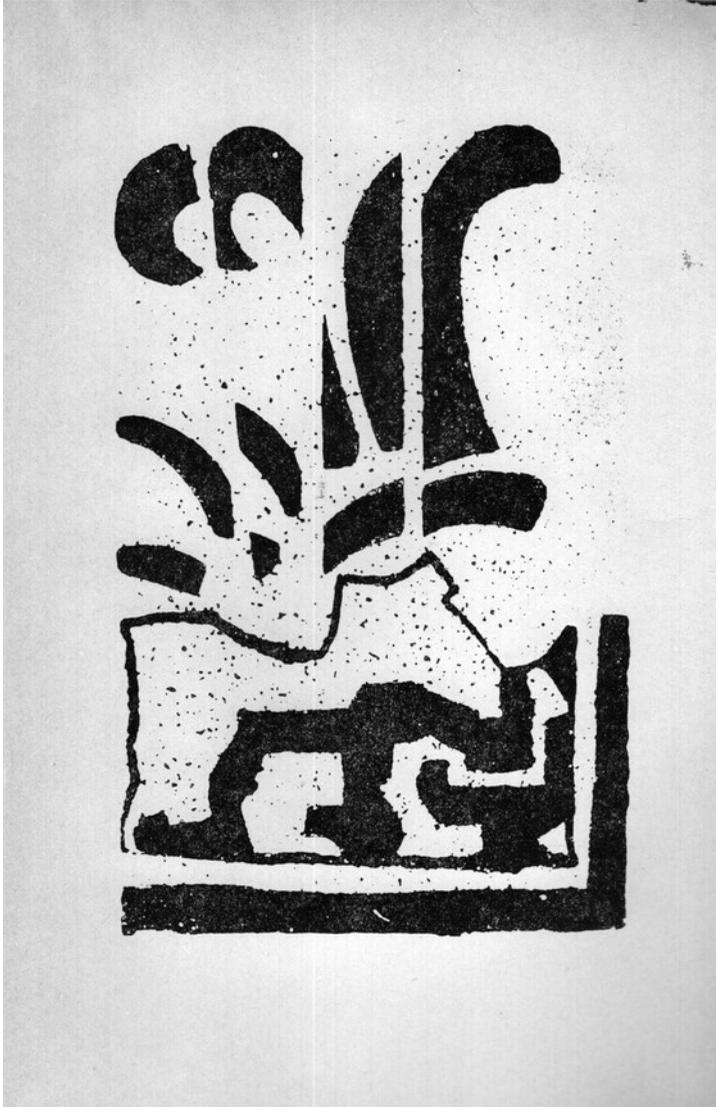
transforman nuestros sueños en remotísimas
alimañas de vejez, y el delirante latido
de sus sedientas flores acompaña las huellas
como rabiosas moscas
bajo la lluvia.

A los amargos tiempos de su creciente oponen los ángeles
de las piedras, los ángeles de las vegetaciones
y el vago terror de los fosfóreos esqueletos,
una canción tañedora que el viento del oeste despedía
con singular belleza. Y ese lento rumor,
ese vaho tremolante que la nostalgia nombra en sus cántaros
de insectos, esos pasos hundidos en los largos corredores
llorosos de aves, melancólicos de dulces muchachas,
hondísimos

de viajeras oraciones como espadas de miel, crecía
en la órbita de los más dulces deseos. Yo estaba allí,
¡Dios me asista!, como un extraño.

Pero alguien, tal vez el oráculo invisible de una criatura

quebradiza, de una criatura que tocaba mi sangre
con el idioma que sólo el otoño conoce,
enumeró las mutaciones, puso en orden el largo
ladrido de los perros,
conjuró el perfume, la leche y el pan,
y madurando las melodiosas y agitadas espigas de la noche
me llamó serenamente a la luz
con la desnuda raíz de la belleza.



ÍNDICE

VERDOR EN LAS REDES

Pulso de Eternidad	9
El huésped	14
Canto a una islera del Litoral	18
Las orillas	20
El cazador	23
De olvido a olvido	25
Convocación de las sombras	29
Sermón del trueno	33
Letanía espectral	34
Destierro de la luz	38
Danza de otoño	40

LOS MILAGROS INVASORES

Olivo terrenal	45
Los amantes	48
Los pasos del amor	50
Resumen del bosque	53
El acechante	54
Flauta de la sangre	57
Los niños	58
Idioma sin olvido	60
El oráculo	61

OBRAS PUBLICADAS

- *CANCIÓN CELESTE*, poemas. Ed. Fontefrida, Buenos Aires, 1942.
- *ACERCAMIENTO DEL SUEÑO*, poemas. Ed. Flor y Truco, 25 de Mayo (Bs. As), 1944.
- *ANTAÑO SOLEMNE*, poemas. Ed. Ulises, Buenos Aires, 1947. Mención de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores.
- *CONSIDERACIONES EN TORNO A HISTORIA DE UNA EXPRESIÓN*, ensayo. Paraná, Entre Ríos, 1950.
- *VERDOR EN LAS REDES*, poemas. Ed. Flor y Truco, Diamante, Entre Ríos, 1950. 2da. Ed. 1951.
- *DE OLVIDO A OLVIDO*, poemas. Diamante, Entre Ríos, 1957.
- *LA POESÍA MODERNA ARGENTINA*, ensayo. Ed. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Buenos Aires, 1964.
- *POEMAS AMERICANOS DE RUBÉN VELA*, ensayo. Ed. Flor y Truco, Buenos Aires, 1966.

LOS MILAGROS INVASORES, POR FRANCISCO TOMAT-GUIDO, CON AGUAFUERTES EN RELIEVE DE AÍDA CARBALLO Y ROBERTO PÁEZ, SE HAN IMPRESO, ADEMÁS DE LA EDICIÓN CORRIENTE, DOCE EJEMPLARES EN PAPEL PERGAMINO FABRIANO, NUMERADOS DE I A XII, CON LAS ILUSTRACIONES COLOREADAS A MANO POR SUS RESPECTIVOS ARTISTAS Y FIRMADOS POR AMBOS, EL AUTOR E IMPRESOR. SE TERMINÓ EN LOS TALLERES "FRANCISCO A. COLOMBO", HORTIGUERA 552, BUENOS AIRES, BAJO LA DIRECCIÓN DE OSVALDO F. COLOMBO, EL DÍA 27 DE ABRIL DE 1966.



Versión digital de juaneme



Pliegos del Altillo,
compuesto el Día Juliano 2459117,49569
en
31° 23" - 58° 01",
Luna en creciente, Júpiter en Sagitario